

TUCÍDIDES. *Historia de la guerra del Peloponeso*. Introducción y notas de Antonio Guzmán Guerra (autor también de la traducción). Madrid. Alianza Editorial (El libro de Bolsillo, 1385), 1989, 695 págs. ISBN-84-6385-6.

El párrafo de Dover que encabeza la presente traducción, según el cual en Tucídides, más que en ningún otro caso, siempre existe la impresión de que todavía queda algo por extraer de sus páginas, resulta especialmente estimulante para el historiador, sobre todo cuando éste está convencido de que ni las fuentes más trilladas llegarán nunca a encontrarse totalmente agotadas. En el caso de Tucídides, sin embargo, las expectativas superan las que se refieren al hallazgo de nuevos datos. Tucídides no es sólo el antepasado de los positivistas, como éstos mismos han creído en alguna ocasión. Su capacidad para transmitir hasta nuestros días la complejidad de un momento histórico preciso, donde confluyen las contradicciones principales de una época, tanto en el plano político superficial como en el de las relaciones sociales profundas, convierten su obra en una lectura donde los matices más aparentemente insignificantes desempeñan un papel que interpretado, sirve para revelar nuevos aspectos de la realidad en su compleja relación con el espectador de la misma. El capítulo 70 del libro VII constituye, en principio, una narración bélica, pero su atenta lectura revela los valores de Tucídides para señalar las difíciles reacciones psicológicas a que se ven sometidas las colectividades en los dramáticos momentos de una batalla. En el capítulo siguiente, el historiador revela su habilidad para que perciba el lector la perspectiva múltiple desde la que es posible presenciar una batalla, situación que llega a hacerse simbólica en sí misma del papel del espectador en la historia. Tucídides transforma a los espectadores reales en símbolos de la función misma del historiador y de la perspectiva que ofrece a sus lectores. El dramatismo general de la situación de los atenienses en Sicilia y, en concreto, el paso del río narrado en el capítulo 84 del mismo libro, junto con algunas otras escenas famosas o descripciones frecuentemente analizadas, revelan, en verdad, que Tucídides es un autor literario, pero también que el autor literario sensible a la realidad contemplada se convierte en protagonista de la historia, cualidad que en Tucídides viene a enriquecer su papel como testimonio de la misma. En este plano, seguramente puede considerarse que la situación ambiental de los momentos previos a la oligarquía del 411 es de las mejor conocidas de la antigüedad, en la profunda perplejidad de sus protagonistas, gracias a los discursos indirectos que Tucídides resume en el libro VIII. Destacaría entre ellas el de Frínico en el capítulo 48. Pero también, sin salirse del mismo libro, puede destacarse el matizadísimo retrato de Alcibiades, sobre todo en el capítulo 53, que, si bien no nos permite resolver las contradicciones del personaje, sí nos aclara las condiciones en que tales contradicciones se hacen no sólo comprensibles, sino explicables históricamente. El hecho mismo de que Tucídides adopte una determinada actitud ante los cinco mil en los momentos finales del movimiento oligárquico no hace más que aportar, una vez más, un nuevo dato sobre las dudas y sobre la conflictividad interna que pesaba en la clase dominante del momento. Sus propias reflexiones sobre los cambios de actitudes de algunos, las dudas del pueblo o las relaciones entre la oligarquía y la totalidad de la que quiere presentarse como representante sirven para definir mejor las dinámicas políticas y sociales que actuaban en esos difíciles momentos. Tucídides veía más claro que muchos historiadores posteriores cuando, en VIII, 89,3, reflexiona sobre los personalismos y su papel histórico, diferente según los regímenes políticos. Según domine la oligarquía o el demos, los individuos se ven obligados a actuar, para su propio provecho personal, de manera diferente. El mismo cree que con los cinco mil

acaba la oligarquía y la *Stasis*, los peligros de la primera y los problemas surgidos de la democracia (VIII, 98.4). Su percepción de la realidad no es imparcial. Su declaración de parcialidad, sin embargo, sirve para profundizar y ampliar la imagen global que nos transmite. Si existe ocultamiento, él mismo revela las claves para su desenmascaramiento. Ahora bien, para descubrirlas es preciso buscar en él más que los datos, los elementos ideológicos con que se define dentro del mundo cultural y literario en que está encuadrado. Convertido en objeto del estudio histórico se amplían las posibilidades de su utilización como fuente.

Si Tucídides es fuente inagotable, es, además, por todo lo dicho, objeto inagotable de lecturas, lo que también quiere decir de traducciones. Sus peculiaridades hacen que cada nueva versión permita revelar nuevas caras en su lectura. Esto es especialmente cierto en lo que se refiere a los discursos. Si prácticamente toda la historiografía antigua hizo uso del discurso, en Tucídides esta práctica cobra unas dimensiones específicas y monumentales. El discurso en Tucídides es un método de constante interpretación, dado que su interpretación viene a consistir en definitiva en la constante revelación del carácter conflictivo de las relaciones humanas en tiempos de guerra y, de modo destacado, en la guerra del Peloponeso, acontecimiento que para él constituía el más importante de la historia hasta el momento en que le tocó vivir. Por ello, los discursos son especialmente difíciles y especialmente significativos. Y por ello es también aquí donde es preciso destacar más la aportación de A.G.G. Su traducción, en efecto, especialmente esmerada en este aspecto, permite percibir ese carácter conflictivo que Tucídides propone como visión compleja de la realidad a través de los discursos contrapuestos, reflejo de una época e interpretación de la misma. La riqueza, por ejemplo, del discurso de Hermócrates, sobre todo en VI, 78, donde se encuentran unidos y contrapuestos los dos temores de las ciudades, a Atenas y Siracusa, junto con la respuesta de Eudemo, en VI, 88.1-2, pone de relieve las incertidumbres y los problemas a través de dos modelos tanto de discurso griego como de traducción española.

Esto sería suficiente, desde nuestro punto de vista, para celebrar la nueva traducción de Tucídides y su carácter de edición accesible y útil para los historiadores y estudiantes de historia y para los aficionados al conocimiento de la antigüedad: los índices, cronología, mapas, detalles del contenido de los libros por capítulos aumentan su utilidad. Cabría, sin embargo, haber especificado los capítulos en párrafos, para poder cotejar con más facilidad con el texto original, para los estudiosos que necesitan la utilización de traducción conjuntamente y, asimismo, señalar en las páginas al menos el libro en que nos encontramos, con el mismo objetivo utilitario de encontrar más fácilmente alguna referencia buscada. Puede hacerse también el reproche de que, al referirse a alguna lectura diferente, como a I, 15.2, no se indiquen al menos las consecuencias que podría tener sobre la traducción. Lo mismo podrá decirse con respecto a alguna interpretación diferente como la de Gomme, al final de II, 42. En cambio, se agradecen las referencias, como las de las notas 43 y 44, en pp. 62-63, a otros lugares o a paralelos en otros autores.

Uno de los problemas más graves con que se enfrenta el historiador del mundo antiguo, cuando pretende ir más allá del puro acontecimiento y de la descripción descarnada, está constituido por el modo en que las fuentes transmiten las propias realidades sociales. De este modo el problema se interfiere con la indagación lingüística. De esta manera, resulta de gran importancia, en la traducción, intentar transmitir los mecanismos de ocultamiento. El uso de la metáfora referente al mundo esclavista para referirse a otras realidades se convierte a su vez en un desenmascaramiento del mundo esclavista, aunque trate de ocultar la realidad. Por ello, la traducción de A.G.G. de todos los términos relaciona-

dos con la raíz *doul-* con palabras relacionadas a su vez con la esclavitud representa el único medio de comprender, para quien lee una traducción, la realidad antigua y sus mecanismos de exposición lingüística, frente a esas otras traducciones que traducen también la metáfora en términos tales como «sujuzgar» o «sumisión».

Toda la terminología social reviste problemas particulares y generales. Traducir la palabra *hetairía* por «sociedad secreta» puede tener sus defensores y sus detractores. En el caso, de VII, 100,3, referirse a ciertos hoplitas como «simpatizantes de sus sociedades secretas» puede resultar oscurecedor del carácter de la *hetairía* dentro del entramado de dependencias sobre ciudadanos que es bastante característico de determinados momentos de la historia de la *polis*.

Lo mismo podría decirse de la traducción de la palabra *demos* como «partido popular». Mucho se ha insistido sobre la carencia de partidos políticos en la ciudad antigua. Hablar de ellos moderniza demasiado. En ciertos casos, sin embargo, puede resultar un expediente aceptable. En otros, en cambio, deberían de sustituirse por un término de carácter menos político y más social, como en III,82, enfrentado a oligarquía, como grupo económico social.

En III,47, resulta, por el contrario, verdaderamente acertado traducir el *pueblo*, pues, sin duda, se trata de eso, más que de algún «partido», cuando Diomedes revela los apoyos de los aliados a la democracia ateniense. El propio Tucídides da la clave cuando a VI,39,1, *demos* es señalado como un término cuyo contenido social explícito puede servir de modelo para su traducción en el resto de la obra, que debe valorarse de manera especialmente positiva cuando, al hablar de la tiranía, Tucídides (VI,53,3) señala de una manera específica los temores del *pueblo*, víctima más directa de este posible peligro en la época de la guerra del Peloponeso.

DOMINGO PLÁCIDO
Universidad Complutense

TERENCIO, *Terêncio, A Moça que veio de Andros*, edición a cargo de Walter de Medeiros, Coimbra, Instituto Nacional de Investigação Científica, 1988.

Nos encontramos ante una edición más de los clásicos latinos, lo cual siempre está bien, más teniendo en cuenta la calidad y el interés que se han vertido en la edición de esta obra. La elección de Terencio no requiere mayor comentario, puesto que, junto con Plauto, son dos de los máximos exponentes del teatro latino.

La estructura de esta edición es la clásica dentro de este campo, un pequeño prólogo o introducción, el texto en sí, las notas y los índices. Hay que señalar que la introducción no es la clásica, en la que se nos habla de un modo somero del autor, y de su contexto, sino que es una especie de resumen de la obra en la que se plantean los principales argumentos que luego surgirán a lo largo de la misma. La introducción concluye con una bibliografía que nos acerca al fenómeno terenciano en sus principales aspectos. No es que sea una bibliografía extensa y completa, sino solamente una introducción al tema, que, además, se centra en el caso de la *Andriana*, como bien señala el editor. Uno de los elementos que echamos de menos es una tabla de abreviaturas referidas a la bibliografía, puesto que en las notas si encontramos algunas de ellas desarrolladas.

El texto traducido de la obra se presenta de un modo claro y conciso, con clara diferenciación tipográfica entre el diálogo de los diversos personajes y las diferentes acotacio-